



(Vista general de Tepic.)

TEPIC.

T mediados del año 1832, despues de haber atravesado una distancia de cerca de siete mil leguas, (equivalente á la vuelta del globo) de haber visitado una gran parte de las costas de China, varias islas del Archipiélago Oriental, los mares del Japon, y visto el sepulcro de Napoleon (1), tuve la inefable ventura de llegar al término de mis constantes deseos, de arribar á la bellissima ciudad tantas veces por mí soñada, porque esperaba en ella el descanso á los trabajos y penalidades de una larga y azarosa navegacion. ¡Quizás tambien un porvenir alhagüeno!

Esta poblacion era Tepic, ciudad principal del departamento de Jalisco, á mas de 300 leguas de Méjico, y una de las mas bellas de aquella repú-

blica, y que en nuestros dias vá adquiriendo la importancia comercial á que está destinada por su situacion geográfica, á pocas leguas del mar del Sur y del puerto de San Blas. Hállase situada en las fértiles llanuras de un estendido valle, rodeado de un cinturon de cerros en que descuellan las montañas tan renombradas de Sanguanguey y de San Juan, cuyas empinadas crestas se pierden en los vapores de una atmósfera polvorosa. Al pié de la Ciudad se desliza serpenteando, como un cordon de plata, el rio de Tololollán ó Santiago (2), que atraviesa de Norte á Sur toda la república mejicana, vivificando primero sus cristalinas aguas los contornos de tan risueña poblacion, haciendo de ellos á la par una huerta continuada y natural de naranjos, limones, aguacates, chirimoyas, guamu-chiles, frutas todas de esquisito gusto.

(2) Este rio es uno de los mayores de la república, recorre una distancia de 200 leguas, desde su nacimiento hasta su desembocadura en el mar del Sur cerca del puerto de S. Blas.

(1) Santa Helena.

Remóntase su fundación á los primeros años de la conquista. Fernando Cortés, auxiliado por los mejicanos Tlascaltecos y Taracos, invadió hácia el año de 1533 el territorio de Tepic, dejando á su sucesor Nuño de Guzman la gloria de someter sus pacíficos moradores á la dominación de Castilla. Referir aqui los contratiempos y vicisitudes sufridas por este departamento durante la expedición de las huestes Españolas, sobre no convenir al objeto de este artículo, sería demasiado prolijo. Baste saber, que experimentó el distrito de Tepic la misma suerte que cupo á los demas estados sujetos al imperio de Motezuma.

Cuando cayó la prepotente y populosa Ciudad de Jalisco con todos sus pueblos comarcanos en poder de los conquistadores, Tepic no era mas que un vasto cementerio; la tumba de un pueblo en que se sepultaba á los indios de la inmediata Ciudad, como lo acredita la osamenta que se vé esparcida por la superficie de su suelo. Si hubiéramos de dar crédito á sus tradiciones, al parecer no infundadas, algunos marinos españoles para escapar de una muerte segura, por la insalubridad del clima de S. Blas, en donde se hallaban establecidos, edificaron en este lugar una poblacion, que llegó á ser con el tiempo la joya del departamento.

Ciertamente de los muchos pueblos de la república que he recorrido durante mi vida nómada, no he visto poblacion tan hermosa y tan pintoresca como esta moderna y coqueta Ciudad, que vista desde lejos, presenta un aspecto Oriental. Al acercarse á ella, cuando se la mira por el lado del camino de Guadalajara y por la loma de la Cruz, el golpe de vista es magnífico. Sus inmediaciones estan rodeadas de deliciosos jardines, que parecen salir como por ensalmo de enmedio de los senderos para coronar y sombrear sus arrabales. Todo es allí encanto y placer; el aire es un continuo perfume, el suelo está cubierto de azahar y de jazmines que el viento esparce, como en nuestros bosques se lleva las hojas otoñales. De trecho en trecho arroyos y norias ofrecen sus aguas cristalinas al pasajero, y están continuamente cercados de un grupo de mugeres, que ya se lavan los pies, ya cogen agua en cántaros de barro de antigua forma.

En el barrio indio, sin embargo, tristes escenas se presentan al ojo observador del viajero; la indolencia, el abandono y la miseria forman un contraste con las bellezas de la naturaleza que circundan los arrabales; sus calles sombrías, sucias y tortuosas, admiten solo comparacion con las aldeas mas pobres de nuestras provincias. Los Jacales (1) son de lodo con ventanas enrejadas de un tamaño reducido y de figura extravagante. Algunos postigos suelen estar pintados de encarnado. Son estas casuchas bajas, y las puertas abocinadas y formadas con un cuero de vaca, se dan un aire á las puertas de

nuestros establos, las cuales se hallan generalmente obstruidas por un monton de inmundicias. Otro es el aspecto del interior de la Ciudad; sorprende desde luego á cualquiera la riqueza y elegancia que se observa en las habitaciones de algunos negociantes principales, las que con sus tejados planos, y sus jardines inmediatos á la puerta principal, no dejan de tener alguna analogía con los edificios turcos. Las casas, como sucede en la mayor parte de las poblaciones de la América Española, están repartidas por manzanas, y generalmente tienen un solo piso cubierto con una azotea. Todas las manzanas tienen igual estension y forman calles rectas de muchas varas de ancho, cortándose unas á otras en ángulos rectos. El espacio perpendicular de las casas en Europa es horizontal en Tepic.

Las calles están bien empedradas, pero mal alumbradas por la noche, durante la cual patrullan serenos.

Los edificios públicos nada tienen de grandioso é imponente. El ayuntamiento, la cárcel y el cuartel son de una estructura sencilla y pequeñas proporciones. La plaza es un cuadrado perfecto, rodeado de bellos y simétricos portales, ocupados por el comercio de todo género. En su centro se eleva un surtidor, cuyas aguas se derraman en una fuente de mezquina construcción. Durante el día, apenas uno que otro viandante la cruza, uno que otro carruaje, cuyas ruedas retumban como un trueno lejano. Pero en cambio nada hay comparable al golpe de vista que ofrece en las suaves y deliciosas noches tropicales. Una linda concurrencia, que entre el susurro de la brisa en los árboles y el murmullo de la fuente, discurre dulce y apaciblemente por sus anchas banquetas, ya ensaya tiernos amores, ora se ocupa de empresas mercantiles.

En uno de sus frentes, en la parte que mira al Este, se halla la Iglesia parroquial, y cuyo ornato exterior es triste y descarnado, cual ninguno, así como su interior se compone de una sola nave con tres altares desnudos de adornos: una torrecilla cuadrada, que fué construída á principios de este siglo en el ángulo derecho, termina el pobre cuadro del templo.

Las demas Iglesias, con raras excepciones, no han sido, ni son otra cosa (como en todos aquellos países internos,) que edificios mas ó menos capaces, mas ó menos firmes y decentes, donde vá el cristiano á dar culto á Dios, y el devoto á colgar su ofrenda; pero donde el mero artista nada tiene que admirar. La arquitectura y la pintura han sido ignoradas en todo el distrito hasta la presente época.

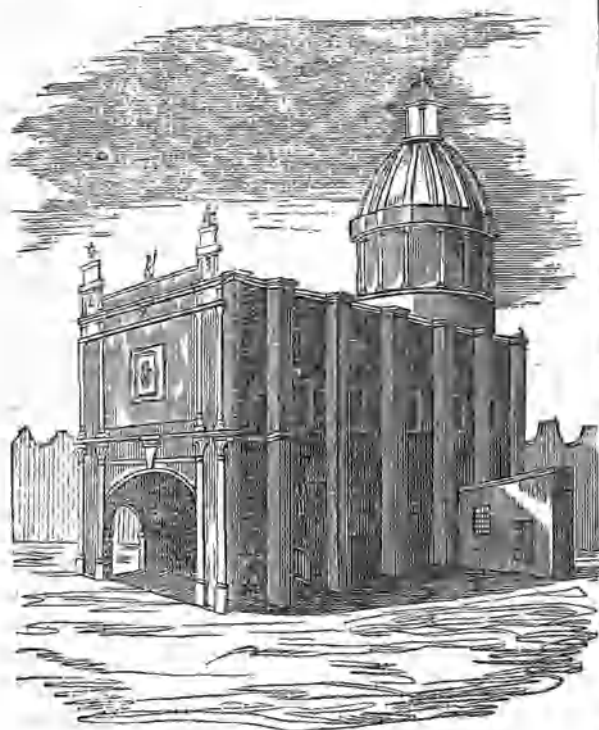
Así pues, sería en vano hablar de las pobres capillas de nuestra Señora de Guadalupe, del Santuario y de la de nuestra Señora de los Dolores; ereo baste indicar, que se componen, como la Iglesia mayor, de una sola nave, con un altar sencillo en cada una de ellas.

A poca distancia de la plaza se halla el mercado,

(1) Casuchas de Indio, hechas la mayor parte de ellas de troncos de árboles y de sus ramitas.

que está superabundantemente surtido de pescado, fruta, vegetales, etc. Los puestos están generalmente bajo toldo de forma circular; algunos tienen casillas, y las escenas que este sitio ofrece por la mañana, son de las más animadas que puede imaginarse.

La población de Tepic, según los padrones que se hicieron en los años 1825 y 26, que son los únicos que existen que merezcan el nombre de censo, asciende á doce mil almas en tiempo de aguas, y en la seca á nueve mil, siendo por regla general mayor el número de hombres que del sexo débil.



(Capilla del campo santo de Tepic.)

Nada hay más pintoresco y risueño que los alrededores de Tepic; el valle está cubierto de una alfombra verde sembrada de diferentes flores silvestres; irregularmente variado por suaves colinas que elevándose del nivel de las aguas, quedan en una esterilidad absoluta; porque en aquella parte del mundo son sinónimo riego y fertilidad, *secano* y falta de vegetación. Pocos puntos de vista pueden presentarse de mayor efecto que los que se gozan desde sus eminencias. De un lado se divisa el antiguo convento de la Cruz, venerable, silencioso y desamparado en medio de sus ruinas. De el otro el cementerio con su hermosa capilla, imponente por los restos que allí descansan. En las tierras bajas, fresnos, álamos y robles señalan el curso del río que las fertiliza. A lo lejos Jalisco y el Platanar, sitios deliciosísimos en que se respira en la temporada de calores, frescura, amor y solaz: sitios todos que recordaré siempre con placer por estar ligados

á algunas escenas de mi vida, que empezaba entonces á recibir sus primeras impresiones sociales; pero aquellas escenas no interesan más que á mi corazón, y á algún que otro ser á quien dedico estos no limados renglones, con la más apasionada emoción de mi alma.

(Continuará.)



D. SIMON DE ROJAS CLEMENTE.



Si no ha sido España la nación donde con más empeño y generalidad se han cultivado las ciencias naturales, con todo, no han faltado en ningún tiempo algunos varones eminentes que hayan promovido sus adelantamientos, y adquirido gran caudal con que enriquecerlas. Nadie ignora que la historia natural del Nuevo mundo, casi toda pertenece á los españoles, habiendo sido estos los que dieron á conocer á las demás naciones aquella nueva y virgen naturaleza del estenso y rico continente americano. En estos últimos tiempos generalizado más el aprecio de los buenos estudios, los Españoles han hecho grandes progresos en las ciencias naturales, y han podido contar hombres eminentes, iguales á los más célebres de las demás naciones, como son los Ortigas, los Mustis, los Cabanilles, los Lagasca y otros, entre los cuales ocupa un lugar distinguido *D. Simon de Rojas Clemente*, de quien vamos á dar una breve noticia biográfica, extractada de apuntes que él mismo dejó y fueron hallados después de su muerte.

Vi la primera luz, dice, en 27 de Setiembre de 1777, en Titaguas, pequeña y moderna villa del partido de Chelva, provincia de Valencia. Apenas empecé á andar, me enviaron mis padres á una escuela, cuyo cruel maestro me arredró tanto, que me escondía de su presencia, rebusando con tal tesón aprender, á pesar de los esfuerzos de mi padre, que llegué á nueve años sin conocer un signo del alfabeto. Tal sería hoy probablemente el grado de mi cultura, si la villa no hubiese despedido al inexorable vapuleador. Entregóme mi padre á otro maestro, muy honrado y de suave carácter, y fue tanta la afición que tomé al estudio, que para evitar el exceso de mi aplicación, tuvo que emplear mayores conatos de los que se habían usado para que asistiese á la escuela del primero.

Quería mi padre aplicarme á la labor, y que mi hermano siguiese la iglesia; pero como este no quisiese dejar sus hogares, recibí yo la invitación con indecible gozo, y me enviaron á Segorve á estudiar latinidad de diez años, para seguir una carrera llena de afanes, riesgos, y luchas peligrosas,

de que no hablaré; ni de las enfermedades que me pusieron muchas veces al borde del sepulcro, por haber debilitado mi rebustísima constitucion con el afán de ver y saber en que vivia contento; pues lo que entienden comunmente los hombres por felicidad en el mundo, consiste lisa y llanamente en que uno se la crea. En Segorve me enseñó el excelente y malogrado profesor Cister, la sintaxis, retórica y poética latina y castellana. En 1791 empecé la filosofía en Valencia con el Doctor Galiano, y obtuve por oposicion el grado de maestro en artes de premio, con que recompensa la Universidad al mas sobresaliente de los que concluyen los cursos filosóficos.

Sentíame ya irresistiblemente llamado á la contemplacion de la naturaleza, que era la mas permanente de mis pasiones, y desde mi infancia, antes de entrar en la latinidad, concebí y comencé á realizar el quimérico proyecto de reunir los nombres de todos los seres existentes. Mis padres apartaban de mi con artes increíbles cuanto me podia separar del estado eclesiástico, que yo repugnaba; mas por no disgustarles, me aviné á estudiar teología, en que empleé tres años, distrayéndome con los autores del siglo de Augustó y con un poco de música; todo á hurtadillas y cercenándome para ello algun dinerillo de mi alimento. Las lenguas griega y hebrea me parecian un paraíso comparadas con los mas severos estudios; y en la segunda fueron muy aplaudidos mis progresos. Mas apoderándose de mi una melancolía sorda por verme menos conceptuado en las clases de teología, me engolfé en esta de tal suerte, que me procuraban atraer á su bando los Suarezistas, Tomistas y Jansenistas, trayéndome cada uno sus libros favoritos, que devoraba con indecible anhelo, aunque ninguno satisfacía mi afición. Casi decidido á ordenarme, aspiré á una beca de San Pio V, que afortunadamente no me dieron; pero logré el grado de doctor de premio con que ahorré los gastos á mi padre, que enagenado de contento, me permitió invertirlos en venir á Madrid á hacer oposicion á la cátedra de hebreo, aunque no dejó de recelar que podria ser esta una disimulada fuga de la profesion eclesiástica en que debia entrar muy pronto. Concurrió á este certámen el sábio Don Francisco Orbell, á cuyo gran mérito se hizo justicia.

Firmé tambien oposicion en 1800 á las cátedras de Lógica y Ética del Seminario de Nobles, en cuyos ejercicios logré solo acreditar mi aplicacion, en términos que se me confió en san Isidro la sustitucion de las tres cátedras á que habia aspirado, mientras asistia á las de griego y árabe. En este último idioma hice un alarde singular que desempeñé con aplauso. Abiertos en 1800 y 1801 los cursos de Botánica, Mineralogía y Química, me precipité en ellos con la fuerza que van los graves á su centro, y contribuí á la composicion de un tratadito sobre las criptógamas españolas. Entonces se desfogaba mi afición al estudio de la naturaleza por las jume-

diaciones de Madrid y las alturas de Guadarrama, así en la caticula, como en los escarchas del invierno, durmiendo donde quiera que me cogia la noche, lo que he hecho hasta el año 1817, semanas enteras en mis escursiones, despues de perdida la fortaleza atlética de mi complexion.

En 1802 me hallaba sustituyendo la cátedra de árabe por enfermedad del propietario, cuando se presentó á las lecciones un desconocido, que en poco tiempo hizo muchos progresos, y no tardó en proponerme un viaje científico que habriamos de emprender disfrazados para hacer descubrimientos en lo interior del Africa. Yo le contesté sin vacilar que estaba pronto á seguirle; y en pocos dias me hallé con el nombramiento real de asociado á esta empresa, con la dotacion de 18.000 reales, que fue el primer sueldo que he disfrutado, sobrándome siempre para las necesidades de la vida, y faltándome muchísimo para mis apetitos científicos. No pudo retraerme de este viaje el respetable Cabanilles, ni otros que me pintaban al incógnito como un aventurero loco; y salí de Madrid en Mayo de dicho año á tan atrevida expedicion, á que debia preceder un rápido paseo por Francia é Inglaterra, con el fin de acopiar noticias, instrumentos de observacion y otros artículos indispensables. Ya se deja entender el alívico con que me apresuraria á satisfacer mi sed de ciencia, colectando objetos en todo el tránsito; y que el museo de historia natural de Paris y la casa de Bantes en Lóndres, serian mi morada casi continua. Ni me contentaba con asistir á las lecciones públicas, sino conversaba diariamente con los sábios de una y otra capital, admirados de que un joven español arrostrase una empresa tan original, que prometia tantas adquisiciones á las ciencias. Al mismo tiempo salia á hervotizar á gran distancia de dichas capitales, y tuve el gusto de presentar á aquellos sabios, algunas plantas, ó no descubiertas, ó no bastante conocidas.

Ni en Paris ni en Lóndres dejé culto que no examinase en sus templos y sinagogas; abrazando todos los ramos de instruccion, persuadido de que conservaria la fortaleza de mis veinticuatro años hasta los ochenta, y de que me era posible, segun habia leído del Tostado y otros, llegar á abarcar un dia cuanto saben los hombres. Errores de euya crasitud no me desengañé, hasta que arruiné mi salud, habiendo palpado no ser posible á catorce ó diez y siete horas de trabajo al dia, y que una vez llena la capacidad humana, no puede recibir mas sin vaciarse otro tanto; á la manera que un vaso lleno de líquido derrama la cantidad que se le aumenta.

Mi compañero de viaje y yo debiamos circuncidarnos en Lóndres, á fin de aparentar en Africa que éramos musulmanes, y no varar en la tentativa como Horneinan y otros. Un dia que volví á casa en aquella capital, de hervotizar en los bosques de Epping Forest, encontré á mi socio pálido, bañado en su sangre y casi exánime. Dijome que ha-

bia escogido la ocasion de hallarme yo fuera para la inexcusable operacion, con el intento de figurármela menos cruel; pero lo es tanto, añadió, que nunca osaré aconsejarla, pues me hallo en una situación mortal. En efecto, estuvo muchos dias en peligro de gangrenarse la herida. No bien cicatrizada, nos embarcamos para Cádiz, donde los moros nos perseguian como judíos disfrazados, bien que despues nos miraban con mucho respeto.

Arrostró mi compañero solo el viaje á Africa, desde donde me escribió que yo no podía ir á allá, por faltarme la circunstancia que tan á peligro le puso. Yo me quedé en Andalucía, donde me llamaban el moro sabio, y donde fui objeto de la curiosidad general, especialmente de las mugeres, que hacian viajes solo por verme y pedirme yerbas para sus dolencias, fatigándome con muchas preguntas sobre las costumbres mahometanas. Mas de una vez les arranqué lágrimas con novelas improvisadas. Tambien sufrí algunos ataques de varones apostólicos, empeñados en bautizarme, tan distantes de imaginar que yo lo estaba, como de presumirme tan amaestrado en semejantes materias. Entonces me ocupé en trabajar el Ensayo sobre las variedades de la vid, publicado en 1807, de que se han impreso extractos y capitulos enteros en todas las lenguas europeas, y en la latina por los mas acreditados botánicos y agrónomos. De la traduccion francesa mandó el rey Luis XVIII que se repartiessen ejemplares entre las autoridades civiles de los departamentos, para que la recomendasen á los pueblos; y parece que trata de vulgarizarla en alemán el ilustre Shulter.

Entre tanto me apuraba el gobierno para que pasase á Africa con el nombre de Mahamet Ben Ali, que habia adoptado; mas hallándome inhábil para hacerlo, pedí que se me diese el encargo de examinar las producciones de los tres reinos de la naturaleza, en las sierras de Granada y Ronda, mientras se podía verificar el viaje. Para ello me transformé en Simon de Rojas Clemente una madrugada de marzo de 1804, á fin de comparecer cristiano en Granada, conservando los vigotes y la crespa barba debajo de un pañuelo descomunal de los que entonces se usaban al cuello, y la vestimenta oriental siempre á la mano. Asi recorrí las playas granadinas, desde el puntal del Pinar al de la Sagra, capaces de saciar mi voracidad exploradora: arroyo nunca imaginado, que me guardaria bien de repetir. Medi geoméricamente la altura del famoso pico de Mulahacen, las alturas de Sierra Nevada y demas de aquel montuoso reino, formando al mismo tiempo la escala vegetal desde sus cimas al nivel del mar: recliné su geografia, equivocada en los mapas de Lopez: examiné las prácticas agrícolas, los usos, el lenguaje y cuanto incumbe á un viajero observador, eficaz é ilustrado. La Europa culta espera la publicacion de trabajos tan importantes, con la favorable precaucion que inspira uno de sus paisés mas heroicos, el mas rica-

mente variado, y acaso el que con mas esmero se ha reconocido, segun lo indica una ú otra ligera muestra divulgada ya en varios impresos. Se interesa en ello muy particularmente la Botánica geográfica, ciencia de modernísima creacion, que tanto impulso ha recibido por las indagaciones del príncipe de los viajeros Humboldt, y tanto debe remontarse por las mias, sino tan generales y combinadas, mas numerosas y sin comparacion mas circunstanciadas y exactas. Engolfado en ellas, hubiere menester mucho esfuerzo para apartarme de tan delicioso pais, y venir en Octubre de 1805 á servir la plaza de Bibliotecario del jardin Botánico, perdida ya toda esperanza de ir á Berberia.

Entre mas de 80 acrobas solo de maestras de las preciosidades granadinas, traia una série de frumenticias con la idea de hacer una monografia especial ó Ceres Española. Comunicado el pensamiento con Don Mariano Lagasca, nos conviniómos en llevarlo adelante de consuno; y aunque las vicisitudes políticas nos hayan proporcionado copia de materiales con que engrandecerlo, han retardado la conclusion de un monumento, no menos honorífico á la agricultura árabe española, que necesario á la Europea actual, al cual apenas falta mas que la última mano.

Despues que cedió Don Juan Antonio Melon al jardin Botánico la empresa del Semanario de agricultura, de que habia publicado diez y siete tomos, trabajé como uno de los redactores en los seis últimos hasta el veintitres, en que se hallan mis tareas. Suspendiéronse con harto dolor mio en 1807 para ir á San Lucar de Barrameda, á enseñar en el nuevo jardin experimental, establecido sábiamente, cuanto podia contribuir á sus progresos. Un año debia durar este encargo; pero la invasion francesa de 1808 arrebató, cual furioso torbellino, á casi todos los discípulos hácia el campo de Marte, y la ferocidad, la envidia y la ignorancia arruinaron aquel naciente establecimiento, que tan lisongeros y útiles esperanzas anunciaba al Estado. No por eso quedaron enteramente perdidos los conatos del director científico, como lo testifican algunos sobresalientes alumnos; entre ellos Doña Maria Josefa de la Piedra, que sostiene una correspondencia reglada con botánicos de la suprema categoria, habiendo merecido de uno de ellos que haya inmortalizado su apellido con un género nuevo.

Faltábame para redondear la historia del reino de Granada, concluir el escrutinio de la Serranía de Ronda, y de la insgotable Hoya malagueña, y prefiriendo al goce tranquilo del sueldo, arrostrar nuevas tareas y riesgos en la suspicaz exacerbacion de los ánimos de aquella crisis, realicé el reconocimiento, sin que pudiesen estorbar mis operaciones geodésicas los mas áridos obstáculos. Los disturbios públicos me hicieron perder riquísimas colecciones, fruto de una expedicion hecha á tanta costa, así en Sevilla, como en toda la Andalucía baja,

y muchísimos apuntes importantes.

En 1809 se me comisionó para recibir y cuidar un rebaño de vicuñas, alpacas mestizas de ambas especies, y llamas que acababa de llegar á Cádiz: idea suscitada por el Semanario de Agricultura de 22 de Octubre de 1801 y de 5 de Abril de 1804, cuyos artículos había hecho ver Don Francisco Zea á la fundadora de los jardines de Malmaison, á cuyas instancias se había pedido de América dicho rebaño, que llegó en un estado lastimoso. De mis observaciones sobre él, resultó una memoria muy original, todavía inédita, producto único de la malograda Colonia, por las nulidades cometidas en su traslación á la Península, y por la apurada sazón en que arribó. Así se demuestra en aquel escrito, que servirá de norte cuando se trate de una naturalización, no sin grave pérdidas descuidada.

Ocupada Andalucía por los franceses, vine á Madrid á revisar mis manuscritos y colecciones, no hallando en otra parte recursos para continuar estas tareas; y en 1812 me retiré al pueblo de mi naturaleza, que me dió la mas generosa y agradable acogida. Allí me dediqué á esclarecer las cosas de mi lugar, en términos que cuando se imprima su historia civil, natural y eclesiástica, se verá que ningún pueblo puede presentar un monumento comparable al que ilustrará al nombrado Titagnas, oido apenas en el día á la distancia de ocho leguas.

En 1814 me arrancaron de mi retiro para formar el plan topográfico y estadístico de la provincia de Cádiz; empresa tan perfectamente combiada como desgraciada desde su principio. Parece que presidia una fatalidad á mis fatigas para estorbar que las llevase á cabo. Volví á mi plaza de bibliotecario, no ya con la pretension de saberlo todo, sino con el intento de asegurar una subsistencia menos precaria, y me dediqué en los años de 1815, 16 y 17 á ganar las matrículas de Farmacia. Entonces se encargó á Lagasca recibir y arreglar las colecciones de Mutis, recién llegadas de Santa Fé de Bogotá, y me eligió á nombre del Gobierno para cooperar á su publicación.

En 1818 fue nombrado Censor en las oposiciones á la cátedra de Zoología. La Sociedad económica de Madrid quiso que se restaurase el texto de la agricultura general de Alonso de Herrera, nivelándola con el actual estado de las luces; yo trabajé el prólogo y artículos que se ven en la hermosa edición publicada en 1818 y 19; y no llegaron á tiempo ciertos apéndices, que hubieran dado mucho realce á la obra, sino me lo hubiese estorbado una pertinaz oftalmía. Mal restablecido de ella, había vuelto á continuar mis escritos principales, tantas veces y tan á pesar mio interrumpidos, cuando un vómito negro me puso á la muerte.

Por desconfianza de mí mismo, ó por mi poca afición á la polémica, comunicaba mis pensamientos familiares y apocadamente, ó por medio de la imprenta, y repugnaba inscribirme en las asociaciones, y mas en las que abrigan espíritu de cuerpo ó de par-

tido; especialmente si exigen á sus miembros otra contribucion que la de las luces. Por esta última circunstancia dejé de alistarme en la famosa sociedad Ligneana de Londres; aunque mi corazón jamas ingrato, no es insensible al honor que me han dispensado enviándome sus diplomas, la real Academia de Ciencias de Baviera, la de Ciencias y Artes de Barcelona, la fiseográfica de Lund, la real Sociedad de Agricultura del alto Garona, las Económicas de Madrid, Granada y San Lucar, y el abolido instituto militar Pestalozziano.

Aquí termina el manuscrito del Autor. Retirado á sus hogares por consecuencia de los trastornos políticos, mereció del amor del rey á las ciencias, ser llamado nuevamente á Madrid para continuar sus tareas científicas, que darán honor al estado cuando se publiquen. Entre sus legados dejó al rey su historia natural de Granada y el tratado de la Ceres Española; y al gabinete de ciencias naturales una coleccion de animales desecados, y de reptiles en espíritu de vino. Murió de vómito negro despues de haber estado, segun se dijo por entonces, cincuenta y ocho dias sin tomar mas alimento por la boca que cuatro tazas de caldo, seis cuartillos de agua, y dos medios quesitos helados. Infatigable para el estudio, se olvidaba del alimento y de los cuidados necesarios para la salud: en la enfermedad tenía el empeño de curarse con tan rigorosa dieta, que en el penúltimo ataque sufrido en su pueblo, estuvo muchos dias seguidos sin tomar alimento alguno, ni aun agua, segun aseguraba él mismo y testifica su familia.



IMPRESIONES DE VIAJE A LISBOA Y SUS CONTORNOS EN 1845.

ARTICULO III.

Lisboa en su aspecto viviente.

Luengo espacio meditamos antes de asentar el epígrafe que lleva á su frente este artículo, si nos estaria bien decir alguna cosa relativa á la manera de existir de los habitantes de Lisboa, cuando el lector sabe que fué muy corta nuestra permanencia en el pais, y cuando tal conducta pudiera achacarse al empeño general de los viajeros (señaladamente los Franceses), que juzgan á su placer de las costumbres, de los caracteres, de la vida pública y privada, de las preocupaciones, tendencias, prácticas y usos de una nacion cualquiera, con tal que en ella pasen dos ó tres semanas, plazo para muchos suficiente, y quizá para algunos sobrado, habida razon de su pericia notoria y de su perspicaz inteligencia.

Pero es el caso, que aun siendo como somos novicios en el arte, y ocupando en la escala de los escritores *semovientes* el último peldaño, creimos

hallar causa cumplida para formar, no solo uno, sino dos artículos distintos, de aquesta propia materia; dedicando el primero á relatar la vida y movimiento de la Corte Portuguesa, y el segundo á los trajes, usanzas, inclinaciones y otros objetos diversos, que no siendo del preciso conocimiento del lector, habrán de narrarse casi al fin de la presente obrilla, sino lo ha por enojo.

De otra suerte, ¿cómo pudiera acompañarnos el público Español en el examen de los monumentos civiles y religiosos, cómo pudiera formar una idea aproximada de las cosas notables que allí se admiran, sin anticiparle el conocimiento de los medios de comunicación para llegar hasta ellas, y el de los puntos de residencia con sus circunstancias especiales; los carruages á que habrá de subir; las fondas en que se habrá de apearse, las impresiones primeras que habrá de recibir; y en una palabra: todo aquello que baste á señalarle los seres vivientes y los alictrijos de existencia, puesto que ya conoce en globo el terreno que pisa y la ciudad que visita?...

Escribimos los primeros del estado presente de un pueblo, poco menos que ignorado de nuestros compatriotas; y lo hacemos con ánimo de avivar la curiosidad de viajeros mas ilustrados, que corran tras la escasa luz que arrojan estos borrones; y comprendan por muestra tan leve, el mucho fruto de una expedición semejante, segun ya en otro lugar afirmamos: y siendo este nuestro propósito, no podríamos razonablemente omitir todo lo que vimos, gustamos y palpamos, con tal que el recuerdo de estos objetos sea breve y produzca algun bien al lector. No se trata, pues, de fallar magistralmente, de cuanto atañe á una población determinada, cual suelen muchos hacerlo; tratase solo de comunicar aqui, como en las restantes páginas, nuestras personales ideas, y recayendo, cual recaen, sobre cosas de inmediata utilidad al viajante, procuraremos de buena fé ponerle al cabo de ellas, sin perjuicio de corregir ó rectificar cualquier error que lo merezca, á juicio de testigos y documentos imparciales.

Un rumbo diverso nos acercaria mucho á aquellos que llaman escribir viajes, á ensartar uno tras otro en sus nóminas los edificios, los cuadros y estatuas del Reino que cruzan; y esto se parece mas á inventario de testamentaria, ó á lista de almoneda pública, que á racional descripcion de capital extranjero, hecha en verdad y conciencia para el provecho del prójimo, y para el propio solaz, gusto y regalado pasatiempo.

Todavía nos meciamos sobre la superficie del Tajo, á bordo del buque Inglés, y ya se notaba en aquel bello Puerto una soledad bien triste, que no podia menos de penetrar hasta el fondo del corazón del viajero, si era español de alma y de cuerpo, como decirse suele; porque, dejando á un lado mezquinas rivalidades, fruto de muchas causas, y origen de recíprocos males para entrambas Naciones Peninsulares, quien perteneciendo á una de ellas se sobreponga del todo á estas vulgares antipatías de dos hijos de una propia madre, que nacieron para vivir juntos y no separarse jamás, recordará con profundo dolor á la vista del Tajo, como á la presencia del Guadalquivir, que huyeron lejos de nosotros aquellos gloriosos dias de elevado y digno recuerdo, en los cuales se reflejaban en las aguas cristalinas del uno y del otro rio, millares de blancas

velas impelidas del próspero viento, y destinadas por la Providencia para llevar la civilizacion, las ciencias y las artes á países remotos; cuyos salvajes habitantes, al adquirir la dignidad de hombres y las ventajas sociales, pronunciaban como frase primera, con gratitud y respeto, los temidos nombres de España y de Portugal!!

Y, ¿qué ha sido de aquellos reinados memorables que señalaban sus años por las adquisiciones que hacian, por los descubrimientos que realizaban, por los tesoros que á su patria traian, por la préz, riqueza y poderío que por do quiera alcanzaban; en tanto que victoriosos en Europa misma, eran el dechado y la envidia de las naciones mas cultas, quienes miraban con harto pesar los Puertos de Lisboa, de Sevilla y de Cadiz, atestados de nuestros galeones, mandados por marineros valientes, mostrando en su confuso y vario movimiento la bienandanza y la dicha en los semblantes de todos?..

¿Donde fueron los tiempos de Colon y de Gama, de Cortés y de Almeida, de Alburquerque y Pizarro, que dieron mayor nombradía á esta Península con sus fabulosas conquistas, que pudo nunca la Historia prestar en inmensos anales de los siglos pasados y aun la Mitalogía en la edad de los Dioses?

Ya se huyan muy distantes de nosotros épocas tan venturosas y de tan grata memoria; y si mil documentos no las transmitieran hasta la generacion presente con indubitable certeza, apenas podríamos creer que han existido, contemplando el solitario muelle de Cadiz, y el cadavérico silencio que reina sobre las corrientes del Tajo al frente de la Ciudad de Lisboa.

No es esto afirmar, sin embargo, que dejen de entrar en el Puerto de la última capital, cantidad crecida de buques, durante el curso del año; porque segun la nota de un viajero Aleman, que tuvimos ocasion de citar en el comienzo de estos apuntes, hicieron escala en Lisboa, en el de 1842... mil ochocientos setenta y cuatro de diferentes Naciones, del porte de 497,231 toneladas entre todos ellos; y tal circunstancia la debe aquella Corte, á su posicion geográfica, imposible de perder en época alguna, al Comercio Inglés, que introduce sus géneros, pasándolos despues á España los Portugueses por la frontera, y al establecimiento de compañías de vapores de la misma nacion Británica, que saliendo de Southampton llegan hasta el Estrecho de Gibraltar, volviendo por iguales puntos con regularidad y frecuencia. Mas, de lo dicho no podrá inferirse consecuencia alguna favorable al paralelo de entrambos tiempos, en razon á la importancia que tuvo en los siglos pasados el Reino de Portugal como poder marítimo, al tráfico que hacia en grande escala de los productos de sus colonias, y á la pujanza y valía de sus numerosas escuadras, que asi ocupaban los mares de apartados climas, del propio modo que arrojaban el ancla ante los diques de su opulenta metrópoli.

Y el silencio que se nota en el muelle, nótese tambien cuando se penetra en las calles. Obsérvase entonces un reposo insólito; una escasez de transeuntes, que no puede menos de chocar á todo extranjero que visita por primera vez á una población estendida que sirve de cabeza á un Reino. En vano buscará el Español, no ya ese murmullo continuo, ese rumor de carruajes, de ginetes y de gentes de á

pié, que en las capitales mayores de Europa obstruyen el paso, fatigan la vista y parece que brotan del suelo mismo, sin concebir en dónde se alberguen cuando llega la noche, pero ni aun siquiera cabe establecer parangón con la cantidad de unos y otros que vemos cruzarse en Madrid por las calles de la Montera y de Carretas, del Carmen y de Alcalá; y mucho menos con los grupos compactos de la *Puerta del Sol*. Mientras permanecemos en Lisboa, ya fuesen días festivos, ya de trabajo, y aun en el mismo del *Corpus Christi*, en ninguna Plaza, en ninguna *rúa*, esceptuando respecto al último varios sitios estrechos de la carrera de la Procesion, hallamos esas cerradas columnas, esas falanges, que en tales casos oponen al pasagero un obstáculo insuperable, para doblar una esquina, para subir á un balcon, ó para buscar á un amigo que habita á grande distancia del punto en que estamos.

Podrá atribuirse en los tiempos comunes tal circunstancia á la afición de los Portugueses, por la vida doméstica, á la costumbre no borrada todavía de salir muy poco fuera de casa la mitad mas bella del género humano; ó á otros motivos, que confesamos candidamente ser de nosotros hasta ahora ignorados. Pero, el hecho existe; y tal cual lo vimos aqui lo asentamos. *(concluirá.)*

MISCELÁNEA.

POESÍA.

Insertamos con suma satisfacción la siguiente poesía, primera composicion de una joven, cuya modestia y brillantes dotes la preparan entre nuestras lindas poetisas un lugar distinguido, si continua pulsando las sentidas cuerdas de su dulce lira.

Nuestra satisfacción es mayor, porque, gracias á la amistad con que nos favorece, somos los primeros en dar á conocer esta preciosa flor de nuestro vergel literario.—R. de V. y S.

A UNA FLOR.

Flor que al pié del Manzanares
Te vi por primera vez
Cuando el alma sin pesares
Oyendo alegres cantares
Sonreía en la niñez.

Tan hermosa te miré,
Flor, allí, que de otras flores
Reina altiva te juzgué,
Y admirando tus primores
Maravilla te llamé.

Entonces te acariciaba
El aura que te mecía,
Colores el sol te daba,
El río tu pié besaba
Y todo te sonreía.

¿Y en medio de tanto bien
Abandonaste á Castilla?
Ah! mirabas con desden,
Ingrata flor amarilla,
Lo que es mi gloria, mi Eden?

¿No te detuvo del cielo
El azul claro y hermoso,
La verde alfombra del suelo

Ni el puro ambiente oloroso
Que lleva do quier consuelo?

Oh! no: bien sé, flor sencilla
Que también, cual yo, has sentido
Abandonar á Castilla...
Por eso no es maravilla
Que tu pompa hayas perdido.

Te arrancaron crudamente
Del suelo de bendición
Do vivías felizmente,
Sordos á la compasion
Que implorabas tristemente.

Y te dijeron: escallar
Y obedecer es tu estrella;
Flor, en vano es evocar
El recuerdo singular
De otra existencia mas bella.

Todo esto, flor, te dijeron
Y tu pesar ocultaste:
Venturosa te creyeron
Porque de día... brillaste,
Y de noche... no te vieran.

Y sin gozar de calma el dulce bien
Pasas las noches, solitaria flor,
Y ves llegar el día con desden
Porque nada consuela tu dolor.

Así lo pasó yo; llorosa y triste
Me sorprende la luz del nuevo día,
Y veo con pesar que nada existe
Que al corazón le torne su alegría.

L. P. DE B.

Teatro del Instituto. Lo avanzado del ajuste de nuestro periódico, no nos permite ocuparnos por hoy de este teatro como quisiéramos: así nos contentaremos con unas breves líneas. La función inaugural ofrecía, prescindiendo de esta circunstancia, las novedades de presentarse el joven D. Manuel Catalina, y hacerse una traducción del Sr. Lombía. La sorpresa del público al juzgar al primero rayó en frenesí, y el entusiasmo al oír la producción nueva tocó en delirio. El Sr. Catalina, á quien conocemos bastante, y cuya inclinación y dotes siempre aplaudiremos como verdaderos amigos, es un gran actor en el género cómico, y la carrera que con tanta vocación ha emprendido, le prepara días de gloria como los que lleva desde su aparición en el teatro del Instituto.

Un Acaro es una comedia que no dudamos en afirmar se pone al frente del repertorio moderno; su interés es progresivo, sus escenas todas están enlazadas con un profundo conocimiento del teatro, y la creación de caracteres, al paso que original, seduce y arrebató desde que se alza el telón. El desempeño ha sido de lo mas grande que hemos visto, cosa que no extrañamos, estando al frente de la compañía el distinguido actor Sr. Lombía. De la traducción nada diremos porque es ya bastante conocida del público: en ella dicho Sr. Lombía ha probado su talento extraordinario como literato y como actor consumado. La ejecución tan buena como era consiguiente.

Esta esmerada producción, que tanto furor está haciendo, sabemos de positivo se está imprimiendo en el acreditado establecimiento de nuestro editor D. Vicente de Lalama, con otras representadas recientemente con éxito y de autores conocidos.

Principio. La noche del 13 se puso en escena en este teatro el drama original en verso del Sr. Cañete, titulado el *Duque de Alba*. Su ejecución fue muy esmerada, luciendo como siempre la Sra. Díez y el Sr. Romea (D. Julian), y presentando mucha novedad el aparato con que está exornado, en especial la decoración que representa los jardines de Aranjuez. El drama, aun cuando tiene buena versificación, carece de novedad, y se nota en sus escenas una no pequeña parte de languidez en su acción. El autor fue llamado á la escena despues de concluido el drama.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA
Calle del Duque de Alba, n. 13.